

CRISTINA VIÑES MILLET

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO
Y LA CULTURA DE SU TIEMPO

GRANADA
2013

© HEREDEROS DE CRISTINA VIÑES MILLET.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO Y LA CULTURA DE SU TIEMPO.
ISBN: 978-84-338-5586-2.
Depósito legal: GR/1766-2013.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Fotocomposición: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.
Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA PRELIMINAR

Cristina Viñes Millet nació en Alicante en 1947 y falleció en Granada en 2013. En la Universidad de Granada realizó sus estudios de licenciatura en Historia y su tesis doctoral e inició su carrera docente en 1976, continuándola como catedrática interina (1979), profesora encargada de curso (1982), profesora adjunta interina (1982), profesora titular de universidad (1984) y catedrática de universidad, en el área de historia contemporánea (2000), tarea en la que alcanzó su jubilación en 2010.

La doctora Viñes realizó una amplia labor investigadora que le ha llevado a publicar 25 libros y varios centenares de artículos, capítulos de libros, comunicaciones, ponencias, prólogos, etc. Entre los personajes que han sido objeto del interés investigador de la doctora Viñes, aparece nítidamente la figura de Melchor Fernández Almagro, de quien ya se ocupó en *La Granada de Melchor Fernández Almagro. Antología* (1992), en el estudio preliminar a la obra de dicho autor, *Granada en la literatura romántica española* (1995) y en otros muchos artículos y conferencias.

En todos ellos se interesó por aspectos parciales de su vida y de su obra, pero en sus últimos años la profesora Viñes trabajó ya monográficamente en la biografía de este influyente y preclaro granadino, culminando un texto cuya muerte le ha impedido llegar a ver impreso.

Este trabajo, último de los realizados y de publicación póstuma, es el que se publica en este libro, que viene a ser un homenaje de la Universidad de Granada a una gran profesional que durante 34 años dedicó su vida a formar a los alumnos de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociología y a ampliar el horizonte histórico del conocimiento sobre Granada, muy valorado ahora pero que cada día lo será más en el futuro.

CAPÍTULO PRIMERO

AÑOS DE INFANCIA

Nace Melchor Fernández Almagro el 4 de septiembre de 1893. Es el segundo de los hijos y la familia acaba de instalarse en Granada en una casa de la calle de los Cochés¹. Instalación provisional tan sólo, ya que pronto se trasladan a otro domicilio, más en consonancia con sus necesidades, situado en la calle Jesús y María, esquina a Ballesteros. Casa pintada de azul con cierre de cristales, cancela y patio de mármol. Cuando, tras muchos años de ausencia de la ciudad, regresa a Granada en un fugaz viaje, una de las primeras visitas fue a su vieja casa, y allí «se asomó al único cristal superviviente, azul, de una cristalera anciana por la que él se asomaba cuando tenía diez años para ver el patio y la fuentequilla de mármol»². Nunca dejará de recordar aquella casa, en la que deja escapar su imaginación, incluso cuando algo más tarde estrene la familia un nuevo domicilio, en la calle de la Duquesa que, «por construirse a la vez que las de la Gran Vía, participaba de los adelantos que a ellas aportaban los arquitectos locales, pensando en Madrid y Barcelona»³.

1. El matrimonio, instalado en un primer momento en Ubeda, se trasladó posteriormente y durante un cierto tiempo a Motril, al encargarse su padre, Ricardo Fernández Abril, de la Testamentaría de don Martín Larios.

El soporte fundamental de este trabajo ha sido el archivo de Melchor Fernández Almagro, parte del cual se conserva en el Museo Casa de los Tiros de Granada por donación. No estando catalogado en su totalidad, ni abierto a la consulta pública, quiero agradecer desde aquí a los albaceas testamentarios D. José Antonio Muñoz Rojas y D. Antonio Gallego Morell, que en su día me permitieran manejarlo. Agradecimiento extensivo a D. Francisco González de la Oliva, director de dicho centro, por las facilidades dadas para su consulta.

2. Entrevista de José L. Castiyo a Melchor Fernández Almagro. *Patria*. Granada, 30-IX-1959.

3. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje al Siglo XX*. Madrid. Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962 p. 133.

Allí, en el barrio de San Matías, transcurre la infancia de Melchorito, como se le llama cariñosamente, y como seguirán llamándole durante muchos años sus compañeros de estudios y sus amigos más allegados. Barrio tradicional éste, situado en la zona intermedia de la ciudad, linde ya con los populosos Santa Escolástica y San Cecilio, de una población heterogénea y desigual, en la que las antiguas casonas pregonan un esplendor pasado, y en la que el profesional y el hacendado conviven con la costurera, el escribano o el comerciante. Calles estrechas y tortuosas que, en su trazado, recuerdan otras épocas y que vienen a confluír en el Campillo, uno de los espacios ciudadanos que más reformas había sufrido y seguirá sufriendo a lo largo del tiempo⁴. No en vano, desde los años centrales del siglo se convirtió en auténtico mentidero y lugar preferente de reunión. Ello se debe, en gran medida, a la existencia allí de cafés y aguaduchos y a las instalaciones del Liceo. También el teatro se encuentra ubicado en su entorno y es de presumir que más de una vez el niño Melchor será observador asombrado del paso de carruajes a las horas de función. El Campillo será uno de los escenarios más ligados a su vida, ya que también en él —aunque bastantes años más tarde— se instala el café Alameda que dará cobijo a la tertulia del «Rinconcillo».

La verdad es que, allá donde se mire, Granada sigue siendo una ciudad tradicional, que conserva mucho de su antigua fisonomía. Una Granada que empieza a descubrir y en la que —son palabras de Matías Méndez Vellido— «basta con subirse a una silla para ver un paisaje». Son los largos paseos realizados por las empinadas cuestas del Albaicín, de la mano de su padre. Y las visitas con su madre —traje gris y manguito— a esta o aquella iglesia. Pero, sobre todo, iniciado ya el bachillerato, será Antonio Gallego quien le descubra mucho de aquella ciudad casi desconocida aún y que en su mente queda fijada para siempre. Es ese paisaje al que aludía Matías Méndez el que se convierte en auténtico leit-motif a lo largo de su vida. Porque en Granada, «La Naturaleza manda con tan avasallador poder que disputa la primacía a la Historia como asimismo al Arte»⁵. En esa fascinación por el paisaje no hace más que seguir una tan larga tradición, que se remonta a los mismos orígenes de la ciudad. No es casualidad que, muchos años más tarde, el tema elegido para su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua sea *Granada en la literatura romántica española*. Y dirá entonces, explicando una elección en la que ha pesado tanto la nostalgia: «Desde

4. VIÑES MILLET, C. *Historia urbana de Granada*. Granada, 1999. 2.^a ed. corregida y aumentada.

5. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, op. cit., p. 149.

hace años mis ojos no se abren a la luz —inolvidable luz— de Granada, ni mis oídos perciben el rumor del agua entre sus frondas, ni me es dado sentir la fragancia de aquel ambiente, ni puedo experimentar la emoción directa de cuanto hay en Granada de sabroso y joyante...»⁶.

La luz, la fragancia, el color. Todo ello está presente en el paisaje que la circunda, pero también en la propia ciudad, todavía entonces —como decía— tradicional y recoleta. Naturaleza y ciudad se ensamblan perfectamente. Continuación y complemento respectivamente, en la que una no se concibe sin la otra. Los aires de la modernización no han llegado hasta ella, aunque es cierto que a lo largo del siglo una cierta actividad urbana se ha dejado sentir. Las desamortizaciones primero, las teorías higienistas más tarde, necesidades de política interna siempre, han llevado a una renovadora situación que, con todo, no ha supuesto grandes cambios. Granada sigue siendo aquella ciudad cuya contemplación resulta un deleite y cuyo bello trazo despierta la admiración. Una ciudad para pasear: por sus calles, por sus rincones, por sus plazuelas, a la orilla de sus ríos. Precisamente un año antes de nacer Melchor ha sido instalado en los paseos del Genil el bello monumento a Isabel la Católica y Colón, realizado por Benlliure en su estudio de Roma. Esa es la Granada que evoca en el recuerdo, la que se entrelaza con sus años de infancia y adolescencia y con la que se identifica plenamente. Una serie de artículos más tardíos en el tiempo y que llevan como título genérico «La Granada que se va» son particularmente significativos de ese sentimiento.

Pero, finalmente, también los aires renovadores llegarán hasta aquí. El cubrimiento del Darro, una de las obras más largas y polémicas de la urbanística granadina, ya es un hecho. Ahora, en los años finales del siglo se está construyendo el embovedado, entre la Puerta Real y el Campillo. «Yo conozco muchas ciudades atravesadas por ríos —había dicho Ángel Ganivet, ese Ganivet del cual será biógrafo Melchor—, ríos grandes y pequeños... pero no he visto ríos cubiertos como nuestro aurífero Darro»⁷. Los tranvías todavía ahora son tan sólo unos destartalados carruajes de tracción animal, aunque pronto dejen paso a la red eléctrica. En esos años que están a caballo entre los dos siglos se ponen las bases de una evolución que comenzará a hacerse patente más adelante. La apertura de la Gran Vía —en 1892 ha visto la luz la memoria descriptiva de la calle de Colón—, esa obra ambiciosa, y tam-

6. Discurso pronunciado el 9 de diciembre de 1951 en la Real Academia de la Lengua y contestación de D. Emilio García Gómez. Edición, introducción y notas al texto de C. Viñes Millet. Madrid, 1995.

7. GANIVET, Á. *Granada la Bella*. Madrid. Col. Crisolín, 1962, pp. 96-7.

bién en este caso polémica, rompe una estructura que conserva mucho del primitivo trazado árabe. Melchor es testigo de excepción, y recuerda una mañana «en que mi madre me llevó por callejuelas que serpeaban entre casas que se demolían y algunas que se iban construyendo, dándose los hombres que andaban muy arriba, sobre tablas, entre palos, impresión parecida a los del circo, tal vez porque no se caían... Estaba naciendo la Gran Vía de Colón»⁸.

Cuando él nace, la familia acaba de instalarse en Granada. Su padre, Ricardo Fernández Abril, piensa que en la capital tendrá más posibilidades para ejercer su profesión, la abogacía, y también para desarrollar una actividad política que le atrae profundamente. No es extraño. El contexto familiar y el círculo de amigos se presta a ello. En cierta medida es también el talante de esas «familias estilo Restauración» —como las definió el propio Fernández Almagro— en que la tradición tiene un peso importante. La política es algo que se vive cotidianamente en el círculo íntimo: tíos, sobrinos, parientes, amigos, se dedican a ella con mayor o menor intensidad. Pero entre todos destaca, sin duda, la figura de Melchor Almagro Díaz, hermano de su mujer y una de las personalidades más relevantes en la política granadina y nacional de la segunda mitad del siglo XIX⁹.

Hablar de Almagro Díaz es pasar revista a ese apasionante periodo de nuestra historia que desemboca en el Sexenio¹⁰. Desde una adolescencia en que ya se perfila claramente su ideal republicano, se integra en el brillante grupo que, entre los demócratas, recibió el nombre de «individualistas», estrechando lazos de amistad con Castelar, Salmerón o José de Carvajal. Cuando estalla la Septembrina es todavía un aventajado estudiante de Derecho, pero eso no importa. La trascendencia de los acontecimientos le llevan a su debut político, abriéndole el camino a la que había de ser su actividad futura, destacando ya entonces como elocuente orador. Una actividad que supo compartir también con la cultura e, incluso, con ciertos pinitos literarios. Colaborador en las tareas del Liceo, no es raro encontrar su firma en las páginas de la revista que lleva ese mismo nombre y que sirve de órgano de expresión a la institución¹¹. Miembro fundador de la Academia de Derecho y Jurisprudencia, fue director de *La Idea*, diario impulsado por Sánchez

8. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *op. cit.*, p. 47.

9. VIÑES MILLET, C. *Melchor Almagro*. Granada, 1999.

10. Nace Melchor Almagro Díaz el 13 de marzo de 1850.

11. *El Liceo de Granada*. Revista quincenal de Ciencias, Literatura y Arte. Granada. Imp. Vda. de Puchol, 1869.

Yago al calor de los acontecimientos de 1868¹², y redactor de *La Propaganda*, que dirigía Luis Giner¹³. También repasando los números de *La Tribuna*, *El Globo* o *La Revista de Andalucía*, entre otras, podemos encontrar su nombre.

Activismo político e ideológico son las notas más destacadas de estos años del Sexenio, y entre las distintas alternativas que como una tromba se suceden en él, es el republicanismo de Castelar el que mejor se identifica con sus propios planteamientos¹⁴. Integrado en su grupo, es elegido diputado por Motril en las primeras elecciones generales de mayo de 1873, recién estrenada la República. Contaba tan sólo veintitrés años y ya desde entonces no dejará de tener representación parlamentaria¹⁵. Pero no es sólo eso. En octubre de 1873 era nombrado secretario general del Ministerio de Estado, del que era titular entonces don José Carvajal y Hué. Su actuación resultará decisiva en varios momentos, como en la resolución de la cuestión del «Virginus», chispazo de una crisis cubana que desembocaría en el 98¹⁶.

Carrera política tan brillante como breve¹⁷. El inicio de la Restauración marca una inflexión en la historia de España, y pone en juego el sistema de Cánovas. En Granada, como en el resto del país, se perfilan los grupos que han de formar los partidos del turno. Los conservadores, encabezados por Eduardo Rodríguez Bolívar, al que sucede a su muerte su hijo, Manuel Rodríguez-Acosta Palacios. Los liberales, cuyo prócer será el conde de las Infantas y su más activo miembro Juan Ramón Lachica. Ricardo Fernández Abril se integra en el liberalismo, siendo fiel, cuando se produzca la escisión, a la política de Moret. También lo hace Natalio Rivas. Entre ambas familias existe una estrecha amistad, derivada del hecho de ser alpujarreñas y oriundas de Albuñol. «Albuñol gozaba de cierta vida —recuerda Melchor— porque, cabeza de la región, tenía Audiencia de lo criminal y una imprenta —única en toda la Alpujarra—,

12. *La Idea*. Diario defensor de los derechos del Pueblo. Granada. Imp. Francisco de los Reyes, 1868-73.

13. *La Propaganda*. Semanario eminentemente radical. Madrid. Imp. de J. Corrado, 1870.

14. RIVAS, N. *Anecdotario histórico*. Madrid, 1960.

15. Tan sólo en las Cortes de 1884 no obtuvo representación. Diputado por Motril (1873-74), diputado por Granada (1878-81) y (1881-83), senador por Canarias (1886-90), senador por Granada (1892-93), diputado por Granada (1893).

16. ESPADAS BURGOS, M. «La cuestión del Virginus y la crisis cubana durante la I República» *Estudios de Historia Contemporánea*, coordinados por el prof. Palacio Atard. Vol. I. Madrid, 1976.

17. MARTÍN DE OLÍAS, J. *Políticos contemporáneos*. Madrid. Imp. M. Guijarro, 1877.

donde en los años juveniles de mi padre su hermano Patricio, médico y poeta, fundó un periodiquito, *La Alpujarra*, con Natalio Rivas, joven también de muchas aspiraciones»¹⁸. Almagro Díaz sigue encabezando el grupo posibilista en Granada, del que forma parte José San Martín, su cuñado, y también Juan Echevarría Álvarez, más adelante director de *Noticiero Granadino* e impulsor entrañable de la actividad periodística de nuestro personaje. Desde su grupo, Almagro intenta llevar a cabo una política regeneradora, anterior al regeneracionismo¹⁹. En 1891 Sagasta saca adelante la ley de sufragio universal. Para Castelar y para cierto sector del republicanismo ya no existe obstáculo para integrarse en el sistema. Para 1893 está prevista que esa integración se consume, siendo Almagro Díaz el hombre designado para ocupar una cartera en el nuevo Gobierno. La repentina enfermedad y la rápida muerte del político, truncaron aquellas esperanzas²⁰.

En ese ambiente nace Melchor, tres meses después de morir su tío. Muchas esperanzas han quedado atrás con su desaparición, pero ello no es obstáculo insalvable. Para entonces Natalio Rivas ha comenzado una carrera política que le llevaría al ministerio y Ricardo Fernández Abril se mueve en el círculo local, siendo en más de una ocasión elegido concejal e incluso candidato a la alcaldía, intento malogrado por la caída del Gobierno de Sagasta. No es extraño, por lo tanto, que entre la nebulosa de la infancia guarde el pequeño un especial recuerdo del día en que su padre le lleva a un sitio extraño para él, extraño porque «aquel colegio donde mi padre me tomó en brazos para hacer como que me metía en la urna extrañísima, puesta sobre una mesa en la que acababan de almorzar unos cuantos hombres, era un colegio, indudablemente, de otra clase (...) Había mucha gente en pie que entraba y salía, más gente a la puerta de tan ruidoso local, porque todos, los de dentro y los de fuera, hablaban a gritos, y cuando un grupo de esa gente entró en casa a mi padre, con reiteradas y zalameras muestras de afecto, me enteré de que aquel colegio donde no había más niño que yo, entre tantas personas mayores, era para que mi padre saliese concejal por el distrito de San José»²¹.

Sin duda, las raíces familiares son importantes en su temprana definición. No hay más que repasar las páginas de ese encantador y

18. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, op. cit., p. 20.

19. DARDÉ MORALES, C. «Los partidos republicanos en la primera etapa de la Restauración, 1875-90» *El Siglo XIX en España. Doce estudios*. Barcelona, 1974.

20. RIVAS, N. «Melchor Almagro Díaz» *Estampas del Siglo XIX*. Madrid, 1947 pp. 39-52.

21. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, op. cit., p. 49.

entrañable libro que es *Viaje al Siglo XX*, para darnos cuenta cómo, muy niño todavía, deja volar su imaginación ante la figura de su tío Melchor Almagro Díaz, descrita por Edmundo de Amicis en su *Viaje a España*²². O cómo su propio padre despierta en él inquietudes políticas que, si bien no le arrastraron a una carrera profesional, sí estuvieron bien patentes a lo largo de toda su existencia. Y, remontándose más en el tiempo, se deja captar por la imprecisa imagen de su bisabuelo Melchor Ignacio Díaz de Martos, jurista y compañero de Ramón Crooke en aquella casi mítica Granada de los años cuarenta del siglo XIX²³. Él mismo lo manifiesta abiertamente en una entrevista realizada en 1955, al ser preguntado sobre el ambiente que rodeó su infancia. «Un ambiente de estudio, de esfuerzo espiritual —dice—. En mi familia había abogados, políticos y literatos. Los primeros libros que leí, impulsado por mi curiosidad infantil, procedían de la biblioteca de mi bisabuelo, muy versado en estudios filosóficos. Más que jugar, agradábame en mi niñez escuchar a las personas mayores. Siempre recordaré el hondo efecto que me causó el relato hecho por mi tío Emilio del combate de Santiago de Cuba, en el que él mandaba el «Cristóbal Colón». Y asimismo tantos otros episodios de la vida pública de aquel tiempo que hacían familiares para mis oídos los nombres de Castelar, Sagasta, Maura...»²⁴.

Abogados, políticos, literatos. También la literatura se abre muy pronto a su insaciable curiosidad, de la mano sobre todo de su primo Melchor Almagro San Martín —hijo del político Almagro Díaz—, el «Gaudente el Joven» de la Cofradía del Avellano. Es quien le introduce en la Granada de Ganivet, en la que tradición y progreso luchan por mantener o conseguir un espacio propio. Precisamente un año antes de que él llegara al mundo —1892— Ángel Ganivet ha obtenido el número uno en las plazas de vicecónsul que acaban de celebrarse y en ese

22. AMICIS, E.de. *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de Don Amadeo I*. Barcelona. Maucci, 1901.

23. Melchor Ignacio Díaz de Martos desarrolló su actividad a lo largo de la primera mitad del siglo XIX (180?-1867), como abogado y tratadista de Filosofía. Fue fundador, junto con Ramón Crooke, de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, a la que dedica una de sus obras. Entre otros, fue autor de los siguientes trabajos: *Elementos de Ideología y Gramática General, arte de pensar e historia de la Lógica, así científica como práctica*. Granada. Imp. de Sanz, 1841 y *Tratado del entendimiento humano y de los principios relativos a la formación y expresión de los pensamientos, escrito en diálogo y dedicado a las Academias de Legislación práctica*. Granada. Imp. de Sanz, 1842.

24. GUILMAIN, A. «Los escritores en la intimidad. Melchor Fernández Almagro» *Madrid*. Madrid, marzo de 1955.

verano parte para Amberes, su primer destino. Nadie lo sabe todavía, pero el «98 granadino» ha comenzado su andadura. Como les ocurrirá a tantos otros, es en la lejanía donde cobra Granada sus perfiles más nítidos y donde aflora, también, una primera añoranza que le hace iniciar una constante colaboración en *El Defensor de Granada*, donde algo más tarde verán la luz las cartas cruzadas con Unamuno. Es éste un nombre que le resulta familiar a Melchor por haberlo leído en los lomos de la biblioteca de casa. Primer y efímero recuerdo, igualmente, de una figura que, a su mente, pareció un tanto extraña y diferente: «sombrecito negro muy en punta, el chaleco cerrado hasta el cuello, como las sotanas; barba corta, en punta como el sombrero, pero las gafas le llameaban con el fuego vivísimo de sus ojos»²⁵.

Desde las ciudades del norte, Ganivet inicia al tiempo la correspondencia con alguno de los futuros cofrades, relación que cuajará en su primer retorno a la ciudad, naciendo una nueva tertulia literaria: la del Avellano. Más que tertulia, cofradía —como a ellos gustó llamar—, que nunca tuvo domicilio ni reglamento. Como recordaría Nicolás María López, «En su estructura exterior se asemejaba a las Academias helénicas. Sentados en semicírculo alrededor de una fuente natural bellísima, bajo un dosel de álamos y avellanos, se departía con serenidad y elevación, en estilo granadino, que sabe combinar la seriedad de los asuntos con el ingenio y la gracia. Se oía a todos: al viejo y al joven, al grave y al díscolo y no se decían más tonterías que las enteramente precisas para descongestionar el ambiente poético del paisaje».

Poco tiempo le quedaba por delante para desarrollar una labor, truncada en aquel año 1898. Sí lo hubo para una empresa literaria en común. En cuartillas con membrete del Consulado español en Riga, escribe ilusionado a los cofrades, dándoles minuciosas instrucciones de todo tipo. El fruto de esos trabajos no llegó a verlo. En 1899 la imprenta de la viuda de Paulino Ventura Sabatel sacaba a la calle un primoroso tomito, el *Libro de Granada*²⁶. Es de suponer que Melchor lo tendría entre sus manos, admirando los delicados dibujos de Lozano, de Isidoro Marín, de Ruiz de Almodóvar, de Rafael Latorre, deleitándose con las viejas y siempre nuevas historias de los «greñudos» y con las estampas que de la Alhambra, el Sacromonte, el Albaicín quedan recogidas en sus páginas. Como admiraría, sin duda, otra pequeña revista, *Idearium*,

25. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, *op. cit.*, p. 180.

26. *Libro de Granada*. Texto de A. Ganivet, G. Ruiz de Almodóvar, M. Méndez Vellido, N. M.³ López. Dibujos de A. Lozano, I. Marín, J. Ruiz de Almodóvar, R. Latorre. Granada. Imp. Vda. e Hijos de P. V. Sabatel, 1899. Hay edición facsímil, con epílogo de A. Gallego Morell. Granada, 1987.

con sus cuentos y poesías que parecían diferentes. Alguien comentó un día en su presencia que eran trabajos modernistas, y fue su padre quien dijo que el título de aquella publicación le recordaba al «pobre Ángel Ganivet». Ambas cosas no las olvidará. Es que ya entonces siente una irresistible atracción hacia la letra impresa, porque es «un niño sabio». Así lo recuerda Paquito Ayala, más pequeño que él y vecina su familia en la misma casa. Aquella de la calle San Agustín, una de las primeras de pisos que se construían en Granada: «mi madre me habló más de una vez de este niño sabio que se pasaba las horas muertas tragándose los volúmenes de la colección encuadernada de *Blanco y Negro* y de otras revistas —*Album Salón*, *La Ilustración Española y Americana*— que se recibían y conservaban en mi casa»²⁷. Es que Luz Duarte, madre de Francisco Ayala, «mujer singular por su inteligencia y cultivada sensibilidad», fue algo mentora de sus lecturas infantiles.

Pero ese mundo, apasionante y desconocido entonces, es su primo quien se lo descubre. Desde la fascinación que presta en esos años la diferencia de edad, Melchor Almagro le desvela los secretos de la biblioteca familiar —trasladada en parte al cortijo del Pino— donde junto a los clásicos españoles se alinean obras de Daudet y de Lotí, junto a versos de Zorrilla, Campoamor o Bécquer. Pero no es sólo eso. Entonces ya Almagro San Martín, estudiante de Derecho en Granada y Madrid —luego escritor y diplomático— ha trabado relación en sus estancias en la Corte con los nuevos nombres que ahora son la actualidad literaria: Unamuno, Baroja, Rubén Darío, el joven Juan Ramón... Azorín le llega particularmente a Melchorito, que lee de un tirón sus *Confesiones de un pequeño filósofo*. Por aquellos años ha publicado Almagro un pequeño volumen, *Sombras de vida* —«Libro entre los más bellos y personales de la prosa modernista hispana»—, fruto de su primera estancia en Madrid²⁸. El prólogo es de Valle-Inclán, con el que ha establecido un trato frecuente²⁹. También andando el tiempo será Fernández Almagro, biógrafo del autor de *Las Sonatas*. Y me parece muy sugerente que sean Ganivet y Valle-Inclán, los dos hombres de

27. AYALA, F. *Recuerdos y olvidos*. Madrid, 1982 p. 78.

28. ALMAGRO SAN MARTÍN, M. *Sombras de vida*. Prólogo de R. M.^a del Valle-Inclán. Introducción de Pere Gimferrer. Granada, 1986. Facsímil de la edición realizada en Madrid. Imp. Antonio Marzo, s.a.

29. En su prólogo, dice Valle-Inclán: «Las historias que hallareis en este libro tienen esa delicadísima sensibilidad que los críticos españoles suelen llamar decadente... Mejor que historias reales son pequeños poemas, breves, alados, llenos de sentimiento. A mí me recuerdan esas nubes blanquecinas que pasan sobre los cielos azules y se desvanecen en las tardes de verano. Melchor Almagro las ha bautizado con un nombre bien gentil: *Sombras de vida*» p. XXII.

letras que en la vida de su primo tuvieron más trascendencia, los que elija a la hora de dedicarles su estudio.

Como decía, las raíces familiares son importantes en su temprana definición. La infancia es fundamental en la formación del escritor del mañana, en ella se estrecha esa relación y se inician costumbres que, adquiridas entonces, serán ya permanentes. Entre otras la de guardar minuciosamente cualquier papel que cae en sus manos; también la de recortar, pegar y conservar notas y artículos de prensa que despiertan su interés. Ambas son bien definitorias de una de las facetas más características del hombre adulto³⁰. Son los años en que la palabra Cuba —remoto y atrayente lugar que despierta la imaginación infantil— suena incesantemente en las tertulias, y en que comienza a ir al colegio. Hasta entonces ha tenido un profesor particular que viene a casa todas las mañanas a trabajar con él. Se llama don Gabriel y es «pequeño y encogido, con algo de Sacristán». Juntos se han adentrado en los secretos de la lectura y la escritura. Enseguida ha desplegado ante sus ojos el abanico de otros conocimientos: gramática, geografía, aritmética, historia natural... historia. Sus padres deciden que ha llegado el momento de ir al colegio. Él no desea hacerlo, en realidad la idea le desagrade profundamente. Quizá en ese rechazo inconsciente tiene buena parte las cosas que le cuentan algunos de sus amiguillos, causándole una cierta desazón³¹. Pero no protesta. Nunca lo hace, aceptando sin reservas las decisiones paternas: «El día que resistas a algo que te digan, te haré un regalo», suele decirle su tío Fernando³².

La elección en este caso se inclinó por el colegio del Patriarca San José, reputado como uno de los mejores de la ciudad y situado en la calle de Ballesteros, al lado de su casa. Su director es don José Rodríguez Aguilera, don Pepe, como le llama todo el mundo cariñosamente. Procede de una familia donde la tradición de la enseñanza se alarga en el tiempo. Su abuelo José Aguilera López, fue uno de los que más batalló en Granada por sacar adelante una renovación pedagógica tan necesaria. En su época había sido el impulsor de la asociación El Fomento de las Artes —en la que, por cierto, también colaboró activamente

30. Sobre ello hay alusiones reiteradas en su *Viaje*. Entre otras en página 129 y siguientes.

31. Es el sistema pedagógico al uso, que sus compañeros de juegos le resumen en unas alarmantes realidades, «que el maestro o los pasantes daban correazos sobre las palmas de las manos abiertas, tendidas precisamente para eso; que la lección se aprendía de memoria hasta donde marcaban los pasantes, con lápiz, una cruz u otra señal; que al desaplicado o desobediente le ponían de rodillas, y, si merecía mayor castigo, con orejas de burro, además» *Viaje cit.*, pp. 51-52.

32. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, *op. cit.*, p. 48.

Melchor Almagro Díaz—, intentando en su propio centro encauzar a los pequeños hacia espacios más abiertos. Autor de diversos trabajos, recogió en un pequeño volumen una selección de poesías castellanas para que sus alumnos se ejercitaran en la lectura³³. Es el mismo que Melchor sigue utilizando ahora, experimentando «una satisfacción verdaderamente excepcional en su lectura»³⁴.

La verdad es que no hay mucho donde elegir. El panorama educativo que presenta Granada reduce al máximo las posibilidades, en el fondo y en la forma. Faltan puestos escolares y los centros que vienen funcionando siguen, en la mayor parte de los casos, los métodos más estrictamente tradicionales. Esta es una batalla librada desde tiempo atrás, por lo menos desde el 68. También en el ámbito educativo el enfrentamiento entre tradición y progreso deja sentir sus consecuencias. Es el reflejo, a una escala menor, de las distintas posturas, mentales e ideológicas, que se debaten en el país. Granada es una ciudad, en general conservadora, pero también a ella llegan aires de cambio en lo que hace a los métodos pedagógicos, aunque sean también en general experiencias aisladas, que deben abrir una constante brecha en el sistema. Y es que la Restauración supuso, en este aspecto, el triunfo de la enseñanza controlada y dirigida, en la que la educación de los más pequeños sigue en manos, fundamentalmente, del municipio y de la iglesia. Hay sus excepciones, sin duda, y una de ellas es el colegio del Patriarca San José, donde Melchor acaba de iniciar sus estudios.

No es el único caso, con todo, y más ahora, en este último tercio del siglo, en que tres caminos ponen en marcha su intento modernizador, bajo diferentes planteamientos ideológicos. En Granada, don Andrés Manjón emprende la aventura bajo un talante confesional; los principios que desde hace tiempo viene predicando la Institución Libre de Enseñanza empiezan a tener un eco mayor; las clases trabajadoras se preocupan también por la enseñanza, como una vía para alcanzar su ascenso en la sociedad. Más que nada, todo ello consigue un cierto ambiente que, si bien muy despacio, va calando imperceptiblemente³⁵. Son años que plantean una inquietud al menos. En ella se aúnan todos los sectores educativos. También el instituto y la universidad. Una universidad que,

33. *Colección de poesías selectas castellanas*. Compiladas por D. José Aguilera López, profesor de Instrucción Primaria Superior para que se ejerciten en la lectura del verso los alumnos del Colegio que dirige en Granada. Granada. Imp. Ventura Sabatel, 1854.

34. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, *op. cit.*, p. 58.

35. Sobre ello se puede consultar: VIÑES MILLET, C. «La renovación pedagógica del siglo XIX y las Colonias Escolares de Vacaciones» *Revista de Historia Contemporánea*, 2. Sevilla, 1983, pp. 94-124.

desde muy pronto, Melchor comienza a ver como la posible meta a alcanzar, preguntándose en un momento dado, «Abogados la mayoría de mis ascendientes y colaterales ¿lo sería yo también? En mi gusto por asistir a la Audiencia ¿apuntaba la vocación?»³⁶. Precisamente ahora la institución universitaria se halla en una fase de renovación, incluso en sus instalaciones, ya que hace muy poco se ha conseguido poner en marcha importantes obras de ensanche en el edificio. La gestión se ha podido llevar a cabo felizmente gracias al interés de Juan Facundo Riaño —tan entrañablemente unido a la ciudad— director general de Instrucción Pública. En Derecho han cobrado ya fama los modernos estudios de mercantil, propiciados por Blanco Constant y se encuentra asentada sólidamente la escuela penalista de Mesa Moles³⁷.

1902. Se inicia el reinado personal de Alfonso XIII. En el solemne acto académico que tiene lugar con motivo de la coronación, Eduardo García Solá habla sobre la Universidad de Granada³⁸. Muy poco más tarde, el joven monarca visita la ciudad. En la fugaz imagen captada por un Melchor ya adolescente, el rey le parece «sencillo, simpático y risueño». Un año más tarde —1903— inicia sus estudios en el instituto, al tiempo que la familia se instala en una casa de la Puerta Real, corazón de la ciudad donde «sobre el anchurón del Embovedado se extendía la ancha capa del cielo hasta perderse, muy lejos, en la quebrada línea de la Sierra»³⁹. Al tiempo que termina su preparación para el examen de ingreso, sus preferencias van quedando cada vez más definidas: mientras la historia, la geografía o la literatura son para él más un deleite que una obligación, la aritmética se le atraganta irremediabilmente con esa dichosa tabla del siete que, piensa, nunca llegará a dominar.

Han sido éstos los años marcados por «la llegada de la luz eléctrica a Granada, los primeros automóviles que cruzan las calles granadinas —el de Benalúa a la cabeza—, los que marchan a Cuba, los fantasmas, los paquetes de «susinis» (aquellos que fuman, a escondidas, los compañeros mayores del Instituto. Los ricos, claro, porque los más modestos deben conformarse con los paquetes de 0,45), los pregones, el crimen del «castillo de Locubín», las campanadas de las iglesias de Granada, el vals Boston, el nacer de la Gran Vía... y *Martinico* y *Magarza* y

36. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, *op. cit.*, p. 129.

37. *Vid.* VIÑES MILLET, C. «La Universidad de Granada en la época contemporánea» *Historia de la Universidad de Granada*. Granada, 1997.

38. GARCÍA SOLÁ, E. «La Universidad de Granada. Discurso leído en la solemidad académica celebrada en Madrid con motivo de la coronación del rey don Alfonso XIII» *La Alhambra*, V. Granada, 1902.

39. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje...*, *op. cit.*, p. 177.

las niñas de Igual, y Paquito Soriano y el monumento a Colón, entrañable y absolutamente ligado al paisaje de árboles del Salón y de los Jardinitillos...»⁴⁰. Han sido los años también de las representaciones teatrales, de la zarzuela en el teatro de la Alhambra —«todo él de madera, próximo al paseo del Salón, que sólo se abre los veranos»—, de las funciones en el circo de Colón, improvisada tramoya de tablas y lona, situada en el Humilladero. Pero, sobre todo, han sido los años de las primeras sesiones de cinematógrafo, en una caseta convertida en mágico recinto, en el que desfilaban vívidas imágenes de unos obreros saliendo de la fábrica, de un incendio en Dublín, de un tren que siempre temía se saliese de la pantalla para abalanzarse sobre él.

Ahora, con su ingreso en el instituto comienza otra etapa en su todavía corta vida, en la que estrena profesores y estrecha amistades. En que se amplían las materias objeto de estudio, definiendo antiguas y nuevas preferencias: la geografía y la historia, el latín y el francés, sobre todo⁴¹. Todavía llegó a conocer en esos primeros años el viejo edificio de la calle de San Jerónimo, perteneciente al Patronato del Real Colegio de San Bartolomé y Santiago. Muy deteriorado ya, era sin embargo un bello casón de traza renacentista granadina, con su patio central, escalera artesonada y alto zócalo de azulejos talaveranos. Lo cierto es que el edificio no ofrece ya en estos momentos suficiente garantía, por ello habrá que abandonarlo, instalándose provisionalmente en una casa particular, mientras se construyen unos nuevos y magníficos locales. Cuando en 1912 el Instituto General y Técnico se instala en esa nueva construcción de los jardines del Triunfo, Melchor es ya alumno de la Facultad de Derecho⁴². Y es que, definitivamente, la universidad, a la que describe como un edificio de bella fachada, con soberbia escalera de mármol, magníficos museos de zoología y física y obras artísticas de gran valor, va a ser la etapa última en su formación. Para entonces ya ha definido, sin vacilaciones, su futuro inmediato. También en ello las raíces familiares son indudables. «Yo sigo mis estudios —dirá— trabajando mucho para terminarlos pronto y comenzar la carrera de abogado en la Universidad»⁴³.

40. GALLEGO MORELL, A. «La vida cotidiana en la Granada de 1900» *La Estafeta Literaria*, 261. Madrid, 16 de marzo de 1963 pp. 5-6.

41. Con fecha 2 de mayo de 1907 se conservan unas cuartillas manuscritas de Melchor Fernández Almagro. Escritas en francés, desarrollan el tema genérico «Sobre la literatura española». En este trabajo se aúnan, por tanto, dos de sus materias predilectas.

42. El edificio abandonado por el Instituto fue solicitado —y concedido— por la Facultad de Farmacia, bajo el decanato de don Bernabé Dorronsoro y Ucelayeta.

43. Hoja manuscrita, en francés, sin fecha pero perteneciente a los años del Instituto.